

ESTELAS FUNERARIAS FENICIAS EN ANDALUCÍA¹

Juan Antonio Martín Ruiz

CEFY P/G. I. “El Legado de la Antigüedad”, U. de Almería

Resumen:

Las estelas fenicias y cartaginesas localizadas en Andalucía constituyen una valiosa fuente de información que hasta la fecha no ha sido examinada de forma conjunta, hecho en parte motivado por las deficiencias que se dieron durante su excavación durante los siglos XIX y XX. En ellas predominan los ejemplares anepigráficos fechados a partir del siglo VI a. C. los cuales continúan hasta el cambio de Era, sin que por ahora conozcamos los pertenecientes a las fases más arcaicas.

Palabras clave: estelas, mundo funerario, fenicios, cartagineses, Andalucía.

Abstract:

The Phoenician and Carthaginian funerary stelae from Andalusia represent a valuable source of information which has not been analysed as a whole up to now, due to the limitations of the excavations carried out in the 19th and 20th centuries. The main group includes anepigraphic stelae dating from the 6th to the 1st century b. C. without the presence of the more archaic pieces.

Key words: stelae, funerary word, Phoenicians, Carthaginians, Andalucía.

INTRODUCCIÓN

Aunque el análisis de las miles de estelas fenicias localizadas en las riberas del Mediterráneo cuenta ya con una larga tradición (Benichou-Safar, 1982; Moscati, 1995; Medleson, 2003; Jongeling, Kerr, 2005), lo cierto es que este tipo de hallazgos no ha merecido la misma atención si nos referimos a su extremo más occidental. Uno de los motivos que explicarían este hecho puede ser su escaso número, y ello a pesar de que en las excavaciones realizadas en la necrópolis gaditana a comienzos del siglo pasado se indicase que la aparición de este tipo de piezas era algo habitual (Quintero, 1928: 6).

¹ Artículo recibido el 17-10-2008 y aceptado el 5-12-2008

Sin embargo, aún sin ser piezas excesivamente abundantes, pues apenas superan el medio centenar de ejemplares, creemos que pueden ser significativas sobre todo si tenemos presente que no es mucho mayor el número de estelas funerarias documentado en la propia Fenicia (Sader, 2005: 15-16), algo que, por supuesto, no podemos hacer extensivo a otros puntos del Mediterráneo central donde se conocen varios miles de ellas, como reflejan los descubrimientos realizados en Mozia, Sulcis o Cartago (Uberti, 1992: 424 y 426; Moscati, 1995: 9).

Además, no debemos olvidar que la carencia de textos epigráficos ha facilitado esta relativa falta de interés, a lo que debemos sumar la escasa atención que, en no pocas ocasiones, se prestaba hasta hace pocas décadas a estas losas pétreas, como sucede con los trabajos emprendidos a finales del siglo XIX y comienzos de XX en Cádiz o Villaricos, no siendo extraño que sean descritas con poca precisión cuando no se omite su número exacto, sin que tampoco olvidemos que muchas de ellas se encuentran perdidas.

A pesar de proceder también de un ámbito funerario no incluimos en este estudio aquellas otras que, como sucede en el caso gaditano, se ha propuesto pudieron señalar no una sepultura o un grupo de ellas, sino que conformarían alineaciones que habrían servido para delimitar espacios internos en la necrópolis y cuya funcionalidad no está aún suficientemente clarificada (Miranda et alii, 2001-2002: 263-264). Otro tanto acontece con otras halladas en pozos de este mismo yacimiento, al tratarse posiblemente de piezas no funerarias (Niveau de Villadary, 2006: 115).

LAS ESTELAS FUNERARIAS

Así pues, incluimos en este trabajo una serie de ejemplares provenientes del sur de la Península Ibérica (figura 1) realizados en todos los casos en piedra, salvo uno que fue elaborado con arcilla, y que fueron empleados como elementos de señalización de los enterramientos. El número mínimo de estelas que hemos podido contabilizar alcanza los cincuenta y cinco ejemplares, que se distribuyen como vemos en el cuadro siguiente, aun cuando su número real debió ser, sin duda, bastante más elevado.

Cádiz	Málaga	Puente de Noy	Villaricos	Marchena	Riotinto	Asta Regia
10	1	1	40	1	1	1

Al menos son diez las provenientes de Cádiz, casi todas ellas localizadas durante los trabajos emprendidos a principios del siglo pasado. Una fue hallada en la playa de Poniente a los pies de una tumba de inhumación que se dataría hacia el siglo III a. C. Se trata de un bloque rectangular rematado en un semicírculo, bloque que muestra un hueco en su interior que se ha propuesto acogería una placa con los datos del difunto (Quintero, 1928: 6; Belén, 1992-93: 353 y 357), de manera similar a lo que vemos en alguna estela cartaginesa donde, aunque carente de placa, este espacio es aprovechado para escribir un texto (Moscati, 1988: 373), si bien en otros casos, como acontece con las procedentes de Fenicia, han sido interpretadas como representaciones de tronos (Sader, 2004: 383 y 390-391; 2005: 136-137).



Figura 1- Mapa de distribución de las estelas funerarias fenicias en Andalucía.

Otra apareció en la playa de los Corrales y se halló removida cerca de tumbas de inhumación, consistiendo también en un bloque rectangular que finaliza de forma triangular y que estuvo cubierto de estuco blanco. En ella se grabó, dentro de un recuadro, una figura de la diosa Tanit (figura 2), datándose en la segunda mitad del siglo IV a. C. (Belén, 1992-93: 355-357).



Figura 2- Estela de Cádiz con representación de la diosa Tanit (Fuente: D. Sedeño).

La zona de Punta de Vaca ofreció igualmente un ejemplar de forma piramidal que, con ciertas dudas, podría relacionarse con el grupo de cistas de inhumación sobre las que posiblemente apareció (Belén, 1992-93: 354). Justamente en este sector de Punta de Vaca-Astilleros se detectó una pieza piramidal entre un grupo de tumbas de época romana (Belén, 1992-93: 355). Además, en la zona ocupada por la antigua Fábrica de Torpedos apareció otra parecida a las dos citadas en primer lugar, pero que sustituía el grabado por un hueco (Belén, 1992-93: 357).

Una más con forma de betilo triangular y hendiduras en su parte inferior apareció sobre una tumba ya de época romana, si bien en ella se habían grabado someramente los principales rasgos de un rostro humano (Quintero, 1934: 4; Belén, 1992-93: 354-355), en tanto un cipo cubierto de yeso, el único gaditano del que conocemos su contexto preciso, fue hallado en las tumbas de inhumación núms. 1 y 2 de la Plaza de Asdrúbal, datándose en el siglo V a. C. (Perdigones, Muñoz, 1987: 62, nota 4; Perdigones et alii, 1990: 35-36, nota 10; Belén, 1992-93: 357). Otras dos más, en este caso de tendencia triangular, fueron halladas en San Fernando, en sendas sepulturas que se sitúan entre época republicana y altoimperial (Quintero, 1933: 13).

Por último, no queremos olvidar la parte superior de una estela con remate triangular que carece de contexto (Belén, 1992-93: 357), así como la parte superior de un ejemplar rectangular recubierto de mortero de cal y arena, el cual mostraba un remate a dos aguas y una oquedad rectangular en una de sus superficies, la cual apareció en el nivel 3 o inferior del pozo C del sector H de la Plaza de Asdrúbal, nivel que se fecha en el siglo III a. C. (Muñoz, 1991: 90; Niveau de Villadary, 2001: 223), por lo que, de haber sido usada como señalización de una sepultura, no sería éste el contexto original en el que se colocó, sino el resultado de su amortización.

En cuanto a Málaga cabe recordar la aparición en la zona de Campos Elíseos, sector de Gibralfaro, de una estela hecha con cerámica, material muy poco común por cuanto es la única en el sur peninsular que conocemos con estas características (figura 3). Con forma pentagonal y pequeño tamaño se encontró en la cabecera de una sepultura de inhumación fechable en el siglo I a. C. (Martín, Pérez-Malumbres, 2001: 218).



Figura 3- Estela cerámica hallada en Málaga (Fuente: A. Pérez-Malumbres).

Respecto a Puente de Noy hemos de mencionar el descubrimiento en la sepultura núm. 2 de la zona E de parte del tronco de un cipo de sección cuadrada

junto a una incineración en ánfora, la cual se encontró dentro de la cámara subterránea que conforman la tumba 1E (Molina, Huertas, 1985: 31), tumba de incineración que puede datarse hacia el siglo VI a. C. (Ramón, 2003: 167).

No cabe duda que la necrópolis de Villaricos ha sido la que más estelas funerarias ha facilitado de todas las necrópolis fenicias localizadas en Andalucía, aunque la imprecisión de muchos de los datos publicados desde las primeras intervenciones hace que siga siendo un arduo problema poder establecer una cifra exacta, si bien podemos decir que ésta no baja de los cuarenta ejemplares (Siret, 1985: 463; Astruc, 1951: 29, 43, 50, 56 y 82; Almagro, 1984: 85, 117 y 198; Belén, 1994: 262). En este sentido no debemos olvidar que también ignoramos el número preciso de estelas obtenidas en las excavaciones de fecha más reciente realizadas en la denominada necrópolis superficial de incineración, así como en el hipogeo núm. 5, de manera que tan sólo podemos saber que aparecieron varios betilos, sin que a veces sea nada fácil distinguir estas toscas estelas de las lajas de pizarra que se usaron para sostener varias de las urnas cinerarias (Almagro, 1984: 85-86 y 117).

Así, este conjunto ha sido dividido en tres grupos básicos: el primero consiste en simples piedras alargadas con el extremo superior puntiagudo o redondeado que, en ocasiones, pueden estar cubiertas de yeso y se datan entre los siglos IV a II a. C. (Belén, 1994: 260-261; Almagro, 1984, 85). De todas ellas tan sólo una muestra un epígrafe con el nombre del difunto y su padre, del que volveremos a hablar más adelante (Fita, 1905: 427-428; Fuentes, 1986: 9; Belén, 1994: 261). El segundo grupo lo integran las estelas de forma piramidal también enlucidas con yeso, las más abundantes en el yacimiento, y que abarcan desde el siglo VI a. C. hasta época romana (Belén, 1994: 261-264), en tanto el último grupo lo constituyen los altares, recubiertos igualmente de yeso, que se datarían entre los siglos V y IV a. C. (Belén, 1994: 264-266).

Una nueva estela funeraria localizada en Andalucía nos lleva en esta ocasión hasta la localidad sevillana de Marchena, donde se encontró un ejemplar en dos de cuyas caras se habían labrado un caballo y una palmera, estela que, aunque en un primer momento fue publicada como obra de época romana (García y Bellido, 1982:

467 y 478), más recientemente se ha relacionado con un enterramiento cartaginés vinculado a un asentamiento de la II Guerra Púnica (Ferrer, 1999: 104).

No queremos finalizar este apartado sin hacer siquiera mención a dos estelas halladas en contexto que no podemos considerar como fenicias, aun cuando la tipología de las mismas sí lo sea dada la forma de altar que ambas presentan. La primera (figura 4) apareció en las onubenses minas de Tarsis de Riotinto (García y Bellido, 1982: 467 y 478; Belén, 1994: 265), si bien carece por desgracia de contexto con el que poder relacionarla, en tanto la otra procede del asentamiento de Asta Regia, y se halló partida en dos cerca de un muro junto a material turdetano, por lo que no apareció en su contexto original aun cuando poco más sabemos al respecto (Esteve, 1950: 22).



Figura 4- Estela con forma de altar procedente de Tarsis (Fuente: M. Belén).

TIPOLOGÍA Y CRONOLOGÍA

Desde el punto de vista tipológico podemos dividir estas estelas en varios grupos, si bien es preciso reconocer que no siempre es posible incluir una pieza en un determinado grupo por falta de datos, de manera que resulta imposible establecer con un mínimo de certeza el volumen de cada uno.

El más numeroso es el de los betilos, es decir, una simple roca vertical a veces sin desbatar y que, en una ocasión, muestran un epígrafe. Con remate puntiagudo o redondeado, tienen la base rectangular no siendo extraño que estén recubiertos de yeso blanquecino. En este grupo nos encontraríamos tanto con betilos simples como otros más elaborados que muestran una peana rectangular como elemento de sustentación. En cuanto a sus dimensiones, diremos que pueden oscilar entre los 33 cm. y 1,28 m. (Belén, 1994: 260-261).

Debemos recordar que también son justamente los betilos los elementos de señalización de sepulturas más numerosos en otros puntos occidentales como pueden ser Puig des Molins (Gómez et alii, 1990: 147; Ramón, 2003: 164-165), o los reutilizados para la construcción de la muralla del asentamiento de La Fonteta (González, 1998: 204-205).

La presencia de altares se reduce, además de Ritotinto y Asta Regia que presentan una problemática propia que abordaremos más adelante, al caso de Villaricos (figura 5), donde se hallan en la cabecera de tumbas de inhumación así como en el pasillo de entrada a los hipogeos, por lo general cerca de las puertas de acceso a los mismos (Belén, 1994: 264-265). Suelen presentar la parte posterior lisa y a veces conservan restos de pintura rojiza, con unas medidas que varían desde 20 a 65 cm.

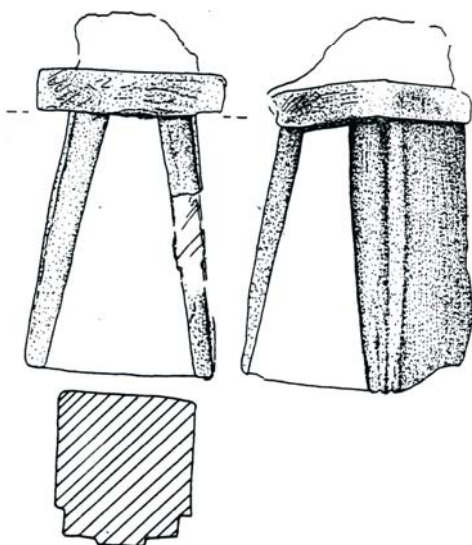


Figura 5- Altar de Villaricos (Fuente: M. Belén).

Otras estelas ofrecen un diseño triangular, como vemos en Cádiz y Villaricos, donde son las más abundantes apareciendo sobre todo en inhumaciones. Con bases cuadradas o rectangulares también suelen estar cubiertas de una capa de yeso, y miden entre 9 y 50 cm. de altura (Belén, 1994: 262-263). A este respecto cabe recordar la asociación que se ha establecido entre betilo, obelisco y pirámide en el sentido de que todas ellas conservan la idea de ser en sí mismos elementos sagrados que pueden incluso mostrar una evolución (Moore, 1903: 198-199), de tal manera que las estelas piramidales no son otra cosa sino una modificación de los primeros betilos.

La práctica totalidad de las estelas halladas son anepigráficas, salvo un ejemplar de Villaricos que en un primer momento fue datado en el siglo III a. C. (Fidel, 1905: 428), pero que hoy se tiende a fechar algo antes, en el IV a. C. (figura 6), y donde cabe apreciar una breve y escueta fórmula, como es habitual en el universo fenicio (Ribichini, 2004: 50-51), en la que expresamente se hace constar la genealogía de la persona enterrada (padre e hijo), y que se ha leído “sepultura de Ger’astorat hijo de Ba’alpile” (Belén, 1994: 261), teóforos que podemos traducir como “el cliente de Astart” en el primer caso y “Ba’al salvó” en el segundo, siendo nombres habituales en la sociedad fenicia occidental que nos informan también acerca de la religiosidad popular de estas personas (Vidal, 2003: 240 y 209), la cual se muestra en plena sintonía con lo que se ha indicado para el área metropolitana (Garbini, 1993: 5).

Hemos de indicar, además, que el primero de ellos aparece igualmente en lápidas procedentes de Cartago (Benichou-Safar, 1982: 208, 211 y 213; Medlenson, 2003: 25, 28-30 y 35), mientras que el otro se encuentra también tanto en Cartago (Medlenson, 2003: 32) como en Fenicia (Sader, 2004: 113). En todo caso se trata de un formulario escrito, que a veces puede llegar a abarcar varias generaciones aunque no sea éste nuestro caso, y que se muestra plenamente acorde con lo que vemos en otros ámbitos con presencia semita, como vemos en el norte de África, tanto si nos referimos al área vinculada al Círculo del Estrecho (Tarradell-Font, Ruiz, 1995: 190-192), como a la propiamente cartaginesa (Medlenson, 2003: 21-25; Jongeling, Kerr,

2005: 12-18), todo ello sin olvidar la propia zona nuclear Fenicia (Sader, 2004: 50 y 97).



Figura 6- Estela epigráfica de Villaricos (Fuente: M. Astruc).

También podemos ver en una de estas estelas algún que otro símbolo religioso, como podría ser la diosa Tanit en Cádiz, aunque en muchísima menos cantidad de lo que acontece, por ejemplo, en Cartago (Moscati, 1988: 373; Medleson, 2003: 9), mientras que otra de Villaricos presenta en su parte posterior lo que para unos es un capitel eólico (Belén, 1994: 264) y para otros el Árbol de la Vida (Jiménez, 2001-2002: 362), en tanto su frontal ofrece una cabeza egipcizante, posiblemente de una divinidad, influencia esta última que también percibimos en algunas estelas de Sulcis (Uberti, 1992: 426) y Mozia (Moscati, 1995: 55-57).

Una de estas piezas, en concreto la procedente de Marchena, muestra representaciones que se alejan de lo típicamente fenicio occidental insertándose mucho mejor dentro del repertorio formal cartaginés, como sucede con el caballo y la palmera (Ferrer, 1999: 106).

En lo concerniente a la cronología no cabe duda que uno de los grandes problemas que existen de cara a su datación es la deficiencia que ya vimos presentaba el registro arqueológico en este sentido. Aún así debemos señalar que algunas de estas piezas se datan en el siglo VI a. C., como sucede con una proveniente de Villaricos que muestra una cabeza egiptizante (figura 7), aunque fuese reutilizada en la cubierta de una tumba del siglo IV a. C. (Astruc, 1951: 28; Belén, 1994: 264), o la hallada dentro del hipogeo de Puente de Noy (Ramón, 2003: 167). Vemos, pues, como las más antiguas corresponden a piezas que podemos considerar como betilos a pesar de la ornamentación que muestra el ejemplar almeriense.

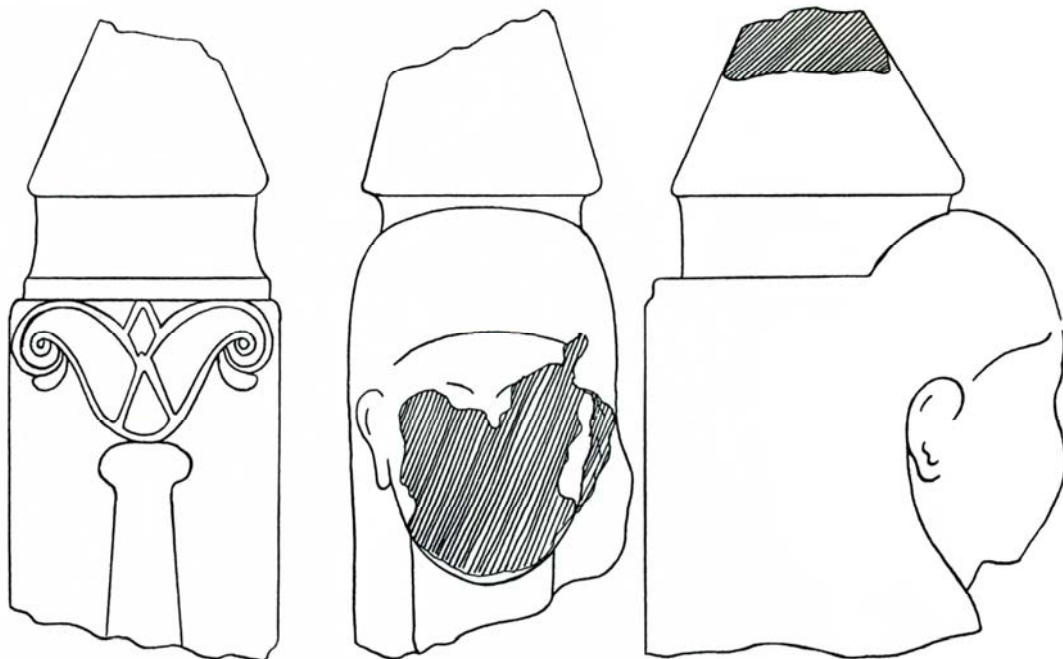


Figura 7- Estela antropomorfa de Villaricos (Fuente: M. Astruc).

El predominio de los betilos en las fases más antiguas parece estar acorde con lo que podemos apreciar fuera de Andalucía pero vinculada con ella, para lo que basta recordar que hasta el siglo VI a. C. el predominio de los betilos es absoluto, como vemos en Puig des Molins (Ramón, 2003; 164) y La Fonteta, donde se fechan antes del siglo VII a. C., momento de construcción de la muralla en las que fueron reutilizados (González, 1998: 204). Es éste un aspecto que se muestra coincidente con lo observado en Mozia y Cartago, sin adentrarnos en el mundo cananeo donde surgen (Uberti, 1992: 422), yacimientos centro mediterráneos donde los betilos son

también los elementos de señalización más antiguos (Moscati, 1995: 32-33), en tanto a partir del siglo V a. C. se aprecia la introducción de nuevos tipos.

Sin embargo, el grueso de las estelas existentes se sitúa entre los siglos V y IV a. C., como acontece con la mayor parte de las estelas provenientes de Cádiz y Villaricos (Bélen, 1992-93: 358), aun cuando es notorio que algunos ejemplares perduran hasta bien entrada la conquista romana, como sucede con algunas piezas de Cádiz, Villaricos y Málaga, sin olvidar que esta última estela es bastante anómala respecto al conjunto general.

EL PAPEL SOCIAL Y RELIGIOSO DE LAS ESTELAS EN LAS NECRÓPOLIS FENICIAS OCCIDENTALES

Aunque aún sigue abierto el debate entre quienes consideran que estas estelas cumplen con la única finalidad de servir como elemento para señalar la sepultura (Gómez et alii, 1990: 147), y aquellos que sostienen que, sin negar dicha faceta, estas piedras fueron empleadas al mismo tiempo para representar y conmemorar la muerte o formar parte de los cultos religiosos (Belén, 1994: 263; Ramón, 2003: 165-166; Sader, 2005: 20-21), lo cierto es que esta última postura resulta ser en la actualidad mayoritaria. En este sentido conviene recordar lo expuesto por S. Ribichini (2004: 51-52), según el cual la estela no sólo señala el lugar físico donde reposa el difunto, sino que es en sí misma un recuerdo de éste.

A nuestro juicio esta idea queda avalada por la aparición de estos elementos en el interior de hipogeos, como sucede en Villaricos y Puig des Molins. Además, la iconografía de una estela del primero de los lugares mencionados apunta igualmente en esa dirección, pues la figura masculina egipcizante ha sido interpretada como un genio o deidad protectora, en tanto el capitel simbolizaría una columna-árbol de la vida, lo que le otorga un fuerte contenido simbólico (Jiménez, 2004: 359-362). Tampoco debemos olvidar que en lugares como pueden ser Sicilia (Moscati, 1995: 91) o Cerdeña (Barreca, 1988: 159 y 319), el betilo es representado en las propias estelas como un elemento más del repertorio iconográfico.

Los descubrimientos de Villaricos señalan cómo algunas tumbas podían disponer de dos o más estelas (Belén, 1994: 266). Por otra parte, P. Quintero (1928: 6) aporta el dato de que debajo o alrededor de estas estelas solían encontrarse tres o cuatro urnas cinerarias junto a inhumaciones, lo que indica que un mismo cipo pudo servir para varios enterramientos. Otro tanto sucede en Plaza de Asdrúbal, donde una estela se asociaba a dos tumbas (Perdigones et alii, 1990: 37), así como en la playa de los Corrales, donde otra de estas losas estaba delante de un grupo de cuatro sepulturas (Belén, 1992-1993: 355). En consecuencia, queda claro que la ecuación tumba=estela no se da en todos los casos, de manera que cabría plantearse si en determinados casos no señalizaban un lugar de enterramiento familiar.

Se ha apuntado que la existencia en algunos altares de Villaricos de oquedades habría servido para la realización de libaciones rituales, de manera que éstas discurrirían por un pequeño canal vertical hasta caer en la tierra junto a la sepultura. Así mismo, el hecho de que algunos de ellos muestren una pequeña cazoleta en su parte superior ha motivado que se considere que también pudieron ser empleados para quemar perfumes (Belén, 1994: 265). En este sentido resulta interesante recordar la disposición de algunos altares provenientes del norte de África que fueron hallados a los pies de sarcófagos y cuyo uso exacto aún se debate pero que, en todo caso, se emplearon dentro de los ritos fúnebres (Benichou-Safar, 1982: 126).

En algún caso, como sucede con la estela de Marchena, parece factible asociar dicho elemento a sepulturas de individuos cartagineses de época Bárcida, dada la iconografía que muestra. Esta presencia de individuos cartagineses o de ascendencia cartaginesa se encuentra también manifiesta en la epigrafía funeraria de Fenicia (Sader, 2004: 80-83), si bien en este caso podría ponerse en relación con algún campamento cartaginés de la II Guerra Púnica (Ferrer, 1999: 108). De esta forma viene a sumarse a las escasísimas manifestaciones funerarias cartaginesas halladas en el mediodía peninsular, la cual vendría a añadirse a la hallada en Cartagena (García y Bellido, 1982: 445 y 448), donde vemos una figura humana dentro de una amplia hornacina, motivo que tanto abundan en Cartago (Benichou-Safar, 1982: 75).

Las estelas de Riotinto y Asta Regia nos plantean la probable presencia de individuos semitas que viven y mueren en enclaves indígenas, convivencia que ya se había sugerido al considerar que algunas necrópolis consideradas tradicionalmente como tartésicas podían no serlo (Belén, 2001:60-62). Sin entrar en dicho debate (Martín et alii, 1991-92: 306-320), consideramos probable que ambas losas pétreas puedan reflejar la existencia de personas de origen fenicio insertas en comunidades indígenas al igual que sucede en otros lugares del Mediterráneo, si bien hemos de tener presente que nada impide a un indígena utilizar este tipo de estelas en su tumba. Dado que la falta de contexto impide decantarse en un sentido o en otro, se hace necesario esperar a que futuras excavaciones aporten hallazgos de estas características.

No queremos dejar de mencionar la problemática que suscita la aparición de una serie de betilos en la necrópolis sureste de Baelo, pues aunque no señalicen enterramientos y ofrezcan una cronología muy reciente como son los siglos I-II d. C., muestran un aspecto que va desde un simple guijarro a otros con carácter fálico y, los que quizás más nos interesen, con un marcado aspecto antropomorfo, para los que se ha sugerido que simbolizarían una divinidad protectora del difunto (Remesal, 1978: 431 y 43), aun cuando recientemente se ha planteado la originalidad de estas manifestaciones que conjugarían a un mismo tiempo la tradición fenicia y la romana, vinculándose directamente con un culto a los difuntos (Jiménez, 2007: 80-102). En cualquier caso este tipo de piezas se relaciona directamente con manifestaciones semitas mucho más antiguas que encontramos sobre todo en el sur de Fenicia a inicios de la Edad del Hierro con parecida significación (Sader, 2005: 134-135), aun cuando en Cerdeña (Barreca, 1988: 159 y 319; Moscati, 1988: 373) y el norte de África (Bessi, 2002: 345) perduran tras la conquista romana, como sucede en esta ocasión.

CONCLUSIONES

Queda claro que las deficiencias que presenta el estudio de este tipo de hallazgos son debidas sobre todo a la carencia de un contexto preciso en el que enmarcarlas. Estas limitaciones, a las que debemos sumar la extrema parquedad

textual e iconográfica documentada hasta el momento impide, por ejemplo, hacer cualquier tipo de apreciación sobre los talleres de lapicidas y grabadores que sabemos con total seguridad existieron entre los fenicios (Bonnet, 1990: 118-121).

Como hemos podido comprobar a lo largo de estas páginas el número de estelas funerarias fenicias o cartaginesas localizadas en el extremo occidente dista mucho de ser reducido, sobre todo si nos referimos a las no cartaginesas, ya que contamos con más de medio centenar de ejemplares, cifra que como vimos al comienzo es muy similar a la ofrecida por la propia Fenicia, y que debió ser mucho mayor si tenemos en cuenta las deficiencias que en este sentido plantea el registro arqueológico.

Su examen conjunto revela una gran homogeneidad interna a la que escapa, tanto por el material como por sus características, la pequeña estela malacitana. Aunque no conocemos los pertenecientes a los siglos más arcaicos, ya para el siglo VI a. C. se documentan algunos betilos. Igualmente queda clara la pervivencia de este tipo de prácticas funerarias incluso hasta bien entrado el cambio de Era, como apreciamos en Cádiz, perduración que está muy bien documentada en toda la franja norteafricana (Moscati, 1997: 367-368; Jongeling, Kerr, 2005: 59-80).

Aunque ciertamente estas estelas acompañan indistintamente a tumbas de incineración e inhumación, es posible hallar matizaciones locales como sería la única presencia de altares en las inhumaciones de Villaricos. Por regla general aparecen en la cabecera de las tumbas o sobre éstas cuando conforman un grupo que se acompaña de una única estela, aunque en el caso de los hipogeos pueden aparecer bien en el corredor o en su interior.

Creemos que, además de servir para señalar la sepultura, estos elementos tendrían un papel importante en los cultos funerarios realizados en relación con los difuntos centralizando los ritos a realizar (Jiménez, 2004: 362), a la par que servirían para mantener la memoria del difunto.



También habría que plantearse si la presencia de este tipo de estelas en yacimientos indígenas puede considerarse como prueba de una instalación de fenicios en dichas comunidades, sin olvidar tampoco que otras nos hablan de la presencia de cartagineses en el sur de la Península.

En consecuencia, y a tenor de lo expuesto, cabe concluir señalando que las estelas funerarias fenicias documentadas en el mediodía peninsular se datan a partir del siglo VI a. C., sin que conozcamos todavía ejemplares más antiguos (Belén, 1994: 266). En cuanto al grueso de las mismas cabe situarlas entre los siglos V-IV a. C., siendo menor su número a medida que nos acercamos al cambio de Era, lo que ni mucho menos significa que dicha tradición desaparezca con la conquista romana.

jamartinruiz@hotmail.com

BIBLIOGRAFÍA.

- ASTRUC, M. (1951): *La necrópolis de Villaricos*, Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M. J. (1984): *La necrópolis de Baria (Almería). Campañas de 1975-78*, Madrid.
- BARRECA, F. (1988): *La civiltà fenicio-punica in Sardegna*, Sassari.
- BELÉN DEAMOS, M. (1992-93): “Religiosidad funeraria en la necrópolis prerromana de Cádiz”, *Tabona*, VIII, 2, 351-371.
- (1994): “Aspectos religiosos de la colonización fenicio-púnica en la Península Ibérica. Las estelas de Villaricos (Almería)”, *Spal*, 3, 257-279.
- (2001): “La cremación en las necrópolis tartésicas”, en GARCÍA, R., MORALES, J. (coord.), *Arqueología funeraria: las necrópolis de incineración*, Cuenca, 37-78.
- BENICHO-SAFAR, H. (1982): *Les tombes peniques de Carthage. Topografie, structures, inscriptions et rites funeraires*, Paris.
- BESSI, B. (2002): “Le necropoli di Sabratha fra eredità punica e romanizzazione”, en VAQUERIZO, D. (ed.), *Espacios y uso funerarios en el occidente romano*, Córdoba, 335-352.
- BONNET, C. (1990): “La terminologie phénico-punique relative au métier de lapicide et á la gravure des textes”, *Sel*, 7: 113-122.
- ESTEVE GUERRERO, M. (1950): *Excavaciones de Asta Regia (Mesas de Asta, Jerez). Campaña de 1945-46*, Madrid.
- FERRER ALBELDA, E. (1999): “La olvidada necrópolis fenicia de Marchena (Sevilla)”, *Spal*, 8, 101-114.
- FITA, F. (1905): “Estudio epigráfico. Inscripciones romanas de Málaga, púnica de Villaricos y medioeval de Barcelona”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 46, 423-430.
- FUENTES ESTAÑOL, M. J. (1986): *Corpus de las inscripciones fenicias, púnicas y neopúnicas de España*, Barcelona.
- GARBINI, G. (1993): “Iscrizioni funerarie da Tiro”, *Rivista di Studi Fenici*, suppl. XXI, 3-6.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1982): “Colonización púnica”, en *Protohistoria*, Historia de España dir. por R. MENÉNDEZ PIDAL, 4ª ed., Madrid, vol.I, 2, 309-492.
- GÓMEZ, C., COSTA, B., GÓMEZ, F., GUERREA, R., GRUA, E., MARTÍNEZ, R. (1990): *La colonización fenicia en la isla de Ibiza*, Madrid.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1998): “La Fonteta. El asentamiento fenicio de la desembocadura del río Segura (Guardamar, Alicante, España). Resultados de las excavaciones de 1996-97”, *Rivista di Studi Fenici*, XXVI, 2, 191-228.
- JIMÉNEZ DÍAZ, A. (2007): “Culto a los ancestros en época romana: los cipos funerarios de las necrópolis de Baelo Claudia (Bolonía, Cádiz)”, *Archivo Español de Arqueología*, 80: 75-106.



- JIMÉNEZ FLORES, A. M. (2004): "Sobre algunos elementos de culto orientales: columnas y capiteles", en *El mundo púnico. Religión, antropología y cultura material*, Murcia, 353-367.
- JONGELING, K., KERR, R. M. (2005): *Late Punic Epigraphy*, Tübingen.
- MARTÍN RUIZ, J. M., MARTÍN RUIZ, J. A., ESQUIVEL GUERRERO, J. A.; GARCÍA CARRETERO, J. R. (1991-92): "Una aplicación del análisis cluster a las necrópolis tartésicas y fenicias: contraste y asociación", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 16-17, Granada, pp.303-324.
- MARTÍN RUIZ, J. A., PÉREZ-MALUMBRES LANDA, A. (2001): "La necrópolis fenicias de Campos Elíseos (Gibralfaro, Málaga). Segunda campaña de excavaciones", *Anuario Arqueológico de Andalucía/1997*, Sevilla, vol.II, 216-221.
- MEDLESON, C. (2003): *Catalogue of Punic Stelae in The British Museum*, London.
- MIRANDA RUIZ, J. M., PINERA REINA, M. P., CALERO FRESNEDA, M. (2001-2002): "Usos del suelo en la necrópolis de Cádiz: el proceso de distribución del espacio extramuros de la ciudad", *El mundo púnico. Religión, antropología y cultura material*, Murcia, 243-265.
- MOLINA FAJARDO, F., HUERTAS JIMÉNEZ, C. (1985): *Almuñécar en la Antigüedad. La necrópolis fenicio/púnica de Puente de Noy, II*, Granada.
- MOORE, G. F. (1903): "Baetylia", *American Journal of Archaeology*, 7, 2, 198-208.
- MOSCATI, S. (1995): *Le officine di Mozia*, Roma.
-(1997): "La stele", en *I fenici*, Milano, 364-379.
- MUÑOZ VICENTE, A. (1991): "Excavaciones arqueológicas de urgencia en la necrópolis de Cádiz: área de la Plaza de Asdrúbal, sector H", *Anuario Arqueológico de Andalucía/1989*, Sevilla, vol.III, 87-97.
- NIVEAU DE VILLADARY Y MARIÑAS, A. M. (2001): "Pozos púnicos en la necrópolis de Cádiz: evidencias de prácticas rituales funerarias", *Rivista di Studi Fenici*, XXIX, 2, 183-230.
-(2006): "Estudio de materiales procedentes de los pozos rituales y fosas de la necrópolis púnica de Cádiz (2002-2003)", *Anuario Arqueológico de Andalucía/2003*, Sevilla, vol.II, 102-118.
- PERDIGONES MORENO, L., MUÑOZ VICENTE, A. (1987): "Excavaciones de urgencia en un solar de la Plaza de Asdrúbal (Cádiz) en 1985", *Anuario Arqueológico de Andalucía/1985*, Sevilla, vol.III, 58-62.
- PERDIGONES MORENO, L., MUÑOZ VICENTE, A., PISANO, G. (1990): *La necrópolis fenicio-púnica de Cádiz. Siglos VI-IV a. C.*, Roma.
- QUINTERO ATAURI, P. (1928): *Excavaciones en extramuros de Cádiz. Memoria de las excavaciones practicadas en 1927*, Madrid.
-(1933): *Excavaciones en extramuros de Cádiz. Memoria de los trabajos realizados en dichas excavaciones*, Madrid.
-(1934): *Excavaciones en Cádiz*, Madrid.
- RAMÓN TORRES, J. (2003): "Puig des Molins (Eivissa). El límite NW de la necrópolis fenicio-púnica", en COSTA, B. FERNÁNDEZ, J. H. (eds.), *Miscelánea de Arqueología Ebusitana (II). El Puig des Molins (Eivissa): un siglo de investigaciones*, Ibiza, 149-195.
- REMESAL RODRÍGUEZ, J. (1978): *La necrópolis sureste de Baelo*, Madrid.



- RIBICHINI, S. (2004): “Sui riti funerari fenici e punici. Tra Archeologia e storia delle religioni”, en GONZÁLEZ PRATS, A. (ed.), *El mundo funerario. Actas del III Seminario Internacional sobre temas fenicios*, Alicante, 43-75.
- SADER, H. (2004): “The Stelae”, en AUBET, M. E., (ed.), *The Phoenician Cemetery of Tyre-Al Bass. Excavations 1997-1999*, Beyrouth, 383-394.
- (2005): *Iron Age funerary stelae from Lebanon*, Barcelona.
- SIRET, L. (1985): *Villaricos y Herrerías. Antigüedades púnicas, romanas, visigóticas y árabes*, (Madrid, 1908), Madrid.
- TARRADELL-FONT, N., RUIZ CABRERO, L. A. (1995): “Numismática y epigrafía prelatina”, en ARANEGUI, C. (ed.), *Lixus-2 Ladera Sur. Excavaciones arqueológicas marroco-españolas en la colonia fenicia, campañas 2000-2003*, Valencia, 183-198.
- UBERTI, M. L. (1992): “Stelle”, en LIPIINSKI, E. (dir.), *Dictionnaire de la Civilisation Phénicienne et Punique*, Leuven, 422-427.
- VIDAL, J. (2003): “Materiales para el estudio de la piedad popular fenicio-púnica en la Península Ibérica: la antroponimia”, *Ilu. Revista de Ciencias de las Religiones*, 8, 201-212.